

PRÓLOGO. EL NACIONALISMO CONTRA ESPAÑA

ÍÑIGO GÓMEZ-PINEDA
PRESIDENTE FUNDACIÓN VILLACISNEROS

En colaboración con CEU Ediciones publicamos la tercera obra de nuestra Colección Villacisneros. A lo largo de los capítulos de *El nacionalismo contra España*, el lector irá conociendo con detalle la evolución de esta ideología, desde sus orígenes hasta la actualidad. Descubrirá el modo en que se ha ido adaptando a las circunstancias históricas hasta terminar jugando un papel fundamental en la España de hoy, pero siempre con un único objetivo, la destrucción de la nación española.

La necesidad de advertir en este trabajo sobre la peligrosidad de esta ideología, es consecuencia del compromiso de nuestra Fundación con la defensa de nuestra nación, su historia y nuestro Estado de Derecho y, por tanto, como afirmamos en nuestro decálogo, en la necesidad de «combatir su avance para vivir en paz y en libertad». Porque para nosotros no hay duda que cuando el nacionalismo avanza, retroceden la libertad y el progreso. Lo estamos comprobando de manera extrema en el presente en tierras de Ucrania y lo sufrimos en el pasado cuando el terrorismo nacionalista de ETA, según la vida de cientos de españoles y provocó miles de heridos.

En la actualidad, como consecuencia del blanqueamiento al que ha sido sometido por el Gobierno, la peor expresión del nacionalismo ha sido convalidada como una opción democrática. Los golpistas de Cataluña han sido indultados y el Código Penal reformado para que repitan impunemente cuando lo deseen su desafío a la nación. Por si no fuera suficiente, el brazo político de ETA ha sido convertido en socio preferente del Ejecutivo. Hasta tal punto llega su sensación de impunidad que se permiten humillar a las víctimas del terrorismo colocando asesinos convictos y confesos en sus candidaturas electorales sin que ninguna autoridad haga nada al respecto.

Mientras asistimos estupefactos a esta vergüenza, los nacionalistas que algunos califican de moderados, siguen aprovechándose de la sobrerrepresentación que los otorga nuestro sistema electoral para beneficiarse de su posición. En las Cortes Generales obtienen de Gobiernos débiles, todo aquello que les ayuda a seguir socavando los pilares de la nación. Y desde el poder autonómico continúan sin descanso construyendo una sociedad a su imagen y semejanza en la que, gracias al adoctrinamiento educativo y a la intervención de los medios de comunicación, les resulta más sencillo inocular de manera sibilina su virus ideológico.

En estas páginas encontrará el lector argumentos de peso que servirán de antídoto frente a este virus. Hallará las razones para desenmascarar las mentiras y el victimismo sobre el que ha sido construido el discurso nacionalista. Un proyecto que, lamentablemente han conseguido implantar con acierto de manera especial en el País Vasco y Cataluña y que, desgraciadamente, se ha extendido por otros lugares de España.

Los autores de estas páginas se convierten con su testimonio en antagonistas de la historia oficial que pretenden imponernos con leyes de memoria alejadas de la realidad. Sus palabras son un alegato en favor de la verdad histórica y la memoria individual. En definitiva, nuestra pretensión ha sido hacer de este libro un instrumento que sirva para detener el avance del nacionalismo

en España. No lo olviden nunca, la finalidad de esta ideología no es mejorar nuestro modo de vida, su única pretensión, por paradójica que sea, es destruir la nación que ayudaron a crear y ahora solo aspiran a destruir.

Involucrarnos en la defensa de nuestro país es un deber que ningún español puede eludir. Lo señala nuestra Constitución en su artículo treinta «Los españoles tienen el derecho y el deber de defender a España». Asegurar la herencia recibida y mejorarla es pues cosa de todos y cada uno de nosotros sin excepción, es una deuda contraída con nuestros antepasados de la que nos pedirán cuenta quienes nos sucedan. Termino con un deseo, ojalá que estas páginas sirvan para que, saliendo del letargo en que algunos compatriotas parecen encontrarse, tomen conciencia del momento crítico que atravesamos y pasen a la acción. Estoy convencido que esta batalla la ganaremos si nos comprometemos a darla.

1

EL NACIONALISMO
EN LA HISTORIA
DE ESPAÑA

EL NACIONALISMO: UNA IDEOLOGÍA DESTRUCTIVA NACIDA EN EL S. XIX Y QUE TODAVÍA NOS ACOMPAÑA

ÁNGEL RIVERO

PROFESOR TITULAR DE CIENCIA POLÍTICA Y DE LA ADMINISTRACIÓN
EN LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

¿QUÉ ES EL NACIONALISMO?

Nacionalismo, como otros conceptos de la política, es una etiqueta de la que se ha abusado tanto que parece no significar ya nada, puesto que sirve para todo. Este uso confuso de la palabra ha sido estimulado por los propios nacionalistas, que acusando a los demás de adversarios o enemigos nacionalistas de su nación esconden así la devoción que sienten por este credo político; pero también hay culpa en aquellos que no siendo nacionalistas adoptan la posición de la equidistancia en los conflictos nacionalistas igualando a los que actúan bajo sus consignas con aquellos que las sufren. Para unos y para otros, todo es nacionalismo, ya sea la limpieza étnica o la defensa de la constitución; la postulación de una comunidad natural o la demanda de protección de derechos individuales.

Pero el nacionalismo, como todo *ismo* político, está formado por un conjunto reconocible de ideas que informan la acción política y que lo constituyen como una ideología. Por supuesto, el concepto ideología también tiene un significado ambiguo que debe precisarse.

Para los marxistas, ideología es un pensamiento que califican de falso, que encubre y justifica un orden socioeconómico injusto, así el liberalismo con relación al capitalismo. Pero ideología, en la tradición democrática de Arendt, Aron, Oakeshott, Popper y muchos otros, es el conjunto de ideas preconcebidas de lo que se considera una sociedad justa que se utilizan como manual de acción política. Es decir, una ideología es un credo abstracto en cuyo nombre se justifica el ejercicio de la violencia sobre la realidad, pues lo existente se condena en nombre de lo soñado. Bajo esta otra acepción, el marxismo sería paradigmáticamente una ideología.

Uno de los más grandes estudiosos del nacionalismo, Elie Kedourie estableció una diferencia fundamental entre lo que denominaba la política constitucional, esto es hasta redundante, pues con decir la política bastaría; y la política ideológica, es decir, la ideología. La primera, la política constitucional, tiene por objeto proporcionar concordia dentro de un entramado institucional que permita la protección de los derechos de los individuos y la gestión acordada de la vida colectiva. La política, la política constitucional, tiene como fin canalizar las disputas y evitar la discordia y, por tanto, su tarea es infinita y nunca estará acabada porque la condición humana se caracteriza por una sociabilidad averiada donde el conflicto estará siempre presente. Por el contrario, la ideología, la política ideológica, no aspira a enfrentar cotidianamente la discordia sino a algo mucho más ambicioso: acabar con el conflicto humano de raíz y de forma permanente. Como observó Kedourie, la política ideológica promete un futuro con final de cuento: y vivieron felices y comieron perdices para siempre. La política ideológica, radical, proclama el fin de la historia o el comienzo de la verdadera historia humana.

Pues bien, el nacionalismo, como vio muy temprano Lord Acton, pertenece a la política ideológica, no es una doctrina cuyos principios informen la acción política, sino que es un credo que busca realizarse como programa político y que se presenta a sí mismo con la capacidad de resolver para siempre los conflictos

humanos causados, al parecer, porque no se ha tomado en consideración el tipo de grupo humano apropiado para constituir una comunidad política. Como podemos oír todos los días por boca de los nacionalistas, desde luego en España, si se les hiciera caso, si se dotara de un Estado propio al grupo humano que ellos denominan nación, entonces la paz reinaría en la península ibérica y el desapego que sienten los secesionistas periféricos por los españoles se trasmutaría en amor fraternal. El nacionalismo, como ideología, sostiene que tiene una respuesta esencial, intemporal, universal para la pregunta acerca de qué grupo humano tiene derecho a constituir un Estado. Y así, proclamando la artificialidad de los Estados, señalan que, si estos se subordinaran al grupo humano que denominan nación, evidente para ellos mismos, una gran parte de los conflictos que nos asuelan desaparecerían.

Para los constitucionalistas, para los liberales o, simplemente, para los demócratas, la nación es el conjunto de los ciudadanos; para los nacionalistas, la nación es un sujeto colectivo que tiene existencia previa e independiente al Estado. Para el constitucionalismo carece de sentido preguntar qué es una nación puesto que es la condición de ciudadano la que integra este colectivo; para el nacionalismo, la pregunta crucial es precisamente qué es una nación, porque en esta ideología es la afirmación de un sujeto pre-político, colectivo, con una voluntad una y natural lo que constituye el tipo de comunidad humana con derecho a un Estado propio. Volveré más tarde sobre ello.

Esta creencia o axioma básico del nacionalismo se condensa en el «principio de las nacionalidades» que, tal como lo define la RAE reza: «Principio político conforme al cual cada comunidad étnica diferenciada debería constituirse en Estado». Estas «comunidades étnicas diferenciadas» es lo que los nacionalistas denominan naciones. Elie Kedourie empieza por aquí su análisis del nacionalismo porque el principio de las nacionalidades es el núcleo del nacionalismo como ideología. En la síntesis que hace del mismo, sostendría que la humanidad está dividida naturalmente

en naciones; que cada nación ha de ser gobernada por sus nacionales; y que en una correcta organización del mundo a cada nación le corresponde un Estado y en cada Estado no puede haber sino una nación. La realización de este credo es lo que se denomina la «autodeterminación nacional», esto es, el paso de una «nación sin Estado», de una nación pre-política, y, de acuerdo con esta ideología, no libre, «heterónoma», a su constitución, al coronarse como Estado, en una nación «plena», es decir, libre, «autónoma», que hace que su existencia pre-política como sujeto cultural devenga en un sujeto político soberano.

John Breuilly, uno de los grandes historiadores del nacionalismo, considera que el principio de las nacionalidades –en inglés se dice en singular, *the principle of nationality*– consta también de tres afirmaciones: que la humanidad está dividida en naciones; que las naciones merecen reconocimiento y respeto; y que este reconocimiento y respeto precisan de autonomía, lo que usualmente significa la independencia del territorio nacional. Como puede verse, Breuilly suaviza o quizás oscurece el núcleo del nacionalismo como ideología, pero en sustancia viene a decir lo mismo: que el principio de las nacionalidades empieza con una petición de principio, la existencia previa de las naciones, de lo que se sigue que deben ser reconocidas y esto conduce a su constitución como Estados. Abunda Breuilly en que el principio contendría una afirmación empírica; un juicio de valor; y un plan prospectivo. Habría que matizar a Breuilly, la afirmación empírica de la que dependen las otras dos afirmaciones no es sino un axioma que se presenta como una verdad de hecho. Como mostraré más adelante, para el nacionalista no hay dudas de la existencia de su nación, pero para el que contempla las cosas desde la distancia, objetivamente, la cosa no resulta nada clara. Como toda ideología, el nacionalismo descansa en un acto de fe, en este caso de fe en la existencia de la nación. ¿Cuándo y dónde vio la luz este credo? Según Breuilly en el s. XIX, en Europa. En la próxima sección me ocuparé de esta cuestión.

No deja de resultar interesante que la interpretación de Kedourie del nacionalismo como ideología, formulada en 1960 fuera fuertemente contestada por autores liberales como Ernest Gellner o Isaiah Berlin. Para el primero, el nacionalismo era un producto residual del proceso de modernización de las sociedades y puesto que su credo es de una extraordinaria indigencia intelectual, no era necesario estudiarlo para comprenderlo. La fuerza del nacionalismo, nos dirá, radica en que es funcional en la constitución de sociedades modernas porque las unifica culturalmente, mediante la exo-socialización del Estado, y las sociedades modernas, caracterizadas por la movilidad, precisan de un medio cultural homogéneo. El nacionalismo no es sino un epifenómeno del tránsito desde Agraria a Moderna, que entraña violencia cultural, y que una vez se haya producido obrará el silencio del nacionalismo.

Así pues, Gellner desestima el poder destructor del nacionalismo. Los nacionalistas, nos dice, son unos infelices porque buscando preservar las sociedades tradicionales lo que hacen es transformarlas en un sentido moderno al normalizar su cultura. Es decir, según Gellner, los nacionalistas son los que con más ahínco destruyen la sociedad tradicional queriendo preservarla. Añade además la ya mencionada indigencia intelectual del nacionalismo y señala, provocador, que si el cristianismo no se entiende sin la figura de Cristo, ni el marxismo sin la de Marx, el nacionalismo no tiene profetas y, por tanto, solo se entiende estudiando las sociedades en las que prospera. En su dictamen, Kedourie se habría equivocado por completo porque para entender el nacionalismo no hay que estudiar sus ideas, no tiene categoría como ideología, sino el contexto social de su aparición. Por último, desestima la fuerza del nacionalismo porque, nos explica, utilizando el ejemplo del perro que no ladra, tomado de la novela de Conan Doyle *El sabueso de los Baskerville*, en el mundo hay dos mil lenguas y apenas dos centenares de naciones, en el sentido de comunidades políticas con asiento en las Naciones Unidas, luego el nacionalismo es un credo de

limitado desarrollo y, nos dice, escaso futuro: los Estados nación ya abarcan toda la extensión del globo terrestre. Me parece que pecaba de un exceso de optimismo.

Isaiah Berlin insistió mucho en la idea de que se había subestimado la fuerza del nacionalismo y que nadie había imaginado su poder destructor. Sostenía que el nacionalismo es una patología derivada de la falta de reconocimiento de la nacionalidad, de la identidad colectiva de la que cada uno de nosotros formaría parte. Para entender el nacionalismo, sostenía, es necesario detectar el daño que lo ha producido y, en lo posible, aliviarlo mediante el reconocimiento de una identidad humillada. Berlin sostenía que la clave del nacionalismo es que constituye una manifestación patológica de una necesidad universal: el reconocimiento de la identidad colectiva o nacionalidad. Así pues, el nacionalismo, en principio, no sería una ideología sino la manifestación de un daño. Más adelante matizaría esta visión. En cualquier caso, para Gellner y para Berlin el nacionalismo venía envuelto en cierta ambigüedad, sus formas podían ser toscas y violentas, pero finalmente servían al progreso humano al crear sociedades modernas en las que la democracia podría florecer.

La percepción de estos autores entroncaba con el temprano diagnóstico realizado por John Stuart Mill quien en su obra *Consideraciones sobre el gobierno representativo*, de 1860, afirmaba que las instituciones libres son prácticamente imposibles si los miembros de la comunidad política no comparten un sentimiento común de nacionalidad. Decía Mill que este sentimiento tenía una expresión negativa, en el odio hacia los otros. Pero también y sobre todo una dimensión positiva de simpatía que permitía el progreso social. Aunque este sentimiento podía ser suscitado por distintas circunstancias como la comunidad de lengua, de religión, enfatizaba que el más importante era con diferencia la pertenencia a un Estado con historia. Bajo este prisma veía entusiasmado la aparición en la segunda mitad del siglo XIX de Alemania e Italia como Estados nacionales, como manifestación del progreso de la humanidad y de la libertad.

Ciertamente, se daba cuenta de que la simpatía no siempre acompañó a la creación de estas dos grandes naciones, pero esta percepción parecía no perturbar su diagnóstico y desestimó un posible nacionalismo como narcisismo de la pequeña diferencia porque, como dijo literalmente, resultaba inimaginable que un vasco o un bretón no quisieran ser franceses y participar de la grandeza de Francia. En suma, que muchas veces se ha querido ver en el nacionalismo una fuerza reaccionaria que encarnaba la nostalgia por la vieja sociedad del pasado agrario, pero esto es inexacto. El nacionalismo como ideología hunde sus raíces en la Revolución francesa que combinada con la Ilustración alemana desarrollan una visión del progreso de la humanidad vinculado al despliegue de las naciones. Así, la soberanía, un atributo del monarca, se transfiere al pueblo, que se convierte en nación. Y la nación deja de ser el conjunto de los súbditos para aparecer como una comunidad de cultura, natural, que expresa una voluntad política única y que es resultado del progreso y la civilización.

¿CUÁNDO Y DÓNDE SE ORIGINÓ EL NACIONALISMO?

Como he dejado apuntado en las líneas anteriores, el nacionalismo está directamente vinculado al origen de la política ideológica propia de la edad contemporánea. Los movimientos animados por la afirmación de una nación con derecho a un Estado no aparecen sino en el siglo XIX en Europa. En general, estos movimientos se dirigen contra la organización imperial, esto es, contra aquellos Estados que en su seno integran varios grupos étnicos. Los procesos de creación de Alemania e Italia como Estados siguen esta pauta. Pero las ideas que animaron estos proyectos se plantaron antes. En primer lugar, sin la innovación conceptual creada por los acólitos de la Revolución francesa el nacionalismo no habría sido posible. Así, en Sieyès, entre otros, aparece el concepto de soberanía nacional, donde el atributo esencial del monarca de un

poder superior no sujeto a constricciones le es transferido a un sujeto colectivo al que se atribuye una voluntad única. El pueblo servil sometido al monarca, al convertirse en soberano, se transforma en nación. Pero a esta innovación francesa se une la no menos importante contribución alemana. Uno de los escándalos que produjo Kedourie con su obra fue el apuntar que en la genealogía del nacionalismo se encontraba Immanuel Kant quien, al haber reducido la libertad a la autodeterminación había sentado las bases para la formulación del principio de las nacionalidades, una vez colectivizada esta libertad por sus discípulos, en particular Fichte y Herder.

Son ellos los que formulan la idea de que existen unos «caracteres nacionales» que hacen que la especie humana esté dividida en grupos diferenciados; y son ellos mismos los que sugieren que estas diferencias deben tener consecuencias políticas. Herder pregona que un «pueblo es una planta natural» y que, por tanto, «nada se opone tanto» a aquello que es el fin del Estado, como «la mezcla incontrolada de estirpes y razas bajo un solo cetro». Cuando se mezclan estos grupos humanos en un mismo Estado, lo que ocurre es que se «crea una máquina precaria», la «máquina estatal», «sin vitalidad intrínseca, ni simpatía de los componentes», pues quedan privados de «carácter nacional» y de «vida auténtica». En sus palabras, lo que se produce es «un aborto».

Esta obsesión alemana por los caracteres nacionales fue recibida por los ilustrados británicos, para indignación de Kant, como una payasada. Pero la risa vino seguida del llanto, porque todavía en nombre de los caracteres nacionales, los nacionalistas hacen rankings de los pueblos. De hecho, fueron los alemanes los que inventaron, de acuerdo con esta idea de las diferencias nacionales, una ciencia de las diferencias humanas, la antropología.

Muy a menudo se piensa que el nacionalismo es una ideología reaccionaria que busca la restauración de una sociedad pretérita desvanecida, dormida, pero ya he señalado la modernidad de su nacimiento y ahora apuntaré al carácter progresista de su

programa político. Este carácter progresista ya está implícito en su consideración misma como ideología, pues las ideologías son programas de transformación de la realidad de acuerdo con un credo político. Es verdad que hay nacionalistas que se denominan primordialistas y que sostienen que las naciones, en tanto productos naturales, tienen su origen en la creación misma del mundo por Dios, tal como aparece en el libro del *Génesis* en la Biblia. Así, por ejemplo, el nacionalismo vasco que, todavía hoy día, modernizado porque ha sustituido a las naciones surgidas de la confusión de Babel por el hombre de Cromañón, sostiene que la «nación» vasca está plantada sin cambios en el mismo sitio desde la aparición del ser humano en Europa:

Las características que distinguen a los vascos comenzaron a desarrollarse en el mismo lugar que actualmente habitan, las vertientes norte y sur de los Pirineos occidentales. Fue un resultado de la adaptación del hombre de Cromañón en esta zona a los grandes cambios ambientales que se produjeron tras el final de la última glaciación, hace aproximadamente diez mil años. El Pueblo Vasco, conformado como tal desde entonces, con su propia cultura e idioma, el euskera, posiblemente el más antiguo de Europa, ha logrado sobrevivir manteniendo su propia identidad. Viendo a lo largo de milenios aparecer y desaparecer otras culturas, reinos e imperios que la pusieron en peligro. Celtas, iberos, romanos, bárbaros, árabes, fueron escribiendo sus líneas en las páginas de una historia que raramente se ocupaba de los «persistentes» vascos.

Pero este punto de vista, bastante romo, no es lo común. El nacionalismo puede ser bastante más sofisticado en su genealogía de la nación que postula, sobre todo si hay evidencia histórica de su nacimiento y su existencia pasada. Así Kant, en su *Antropología* distingue entre pueblo y nación. Pueblo sería meramente el conjunto contingente reunido en un mismo territorio y bajo un mismo gobierno. Nación, tiene una connotación superior en su

visión y sería un grupo humano «unido en un todo civil por un origen común», es decir, por los lazos de sangre. Se indigna Kant cuando escucha que el carácter nacional depende de la forma del gobierno, o del clima y del paisaje, y se aferra a la idea de que hay una naturaleza diferenciada en los grupos nacionales que dan cuenta de su variedad. Pero, y esto es lo importante, las naciones no existen desde el principio de los tiempos, sino que son resultado de la evolución natural en la historia. En la visión de Kant, es el progreso humano el que produce las naciones, y esto explica que pocos pueblos se hayan convertido en verdaderas naciones, esto es, en grupos humanos unidos por el linaje y la vida civil en un carácter nacional, en una identidad diferenciada y original. La obra de la creación todavía está en marcha y se despliega como las ramas de un árbol. Eso sí, hay ramas vigorosas llenas de futuro y otras condenadas a secarse y desaparecer.

En la lista de naciones de Kant figuran en primer lugar los pueblos más civilizados de la tierra, Francia e Inglaterra. Pero en tercer lugar aparece España, de la que Kant nos ofrece un estereotipo perdurable que no anuncia nada bueno. Para empezar, el español es «producto de la mezcla de la sangre europea con la árabe» y, aunque su grandeza y su grandilocuencia «revelan un noble orgullo nacional», la extravagancia de su carácter nacional le hace incompatible con el progreso humano.

Las otras naciones que cita Kant son Alemania e Italia. Alemania sale especialmente bien parada por su carácter nacional cosmopolita. Rusia, nos anuncia, todavía no ha alcanzado la categoría de nación; Polonia ha dejado de serlo; y Turquía, profetiza nunca lo será. En ese momento de la historia humana, no existen más naciones para Kant, lo demás son pueblos. Si a la concepción francesa de la soberanía nacional unimos la concepción alemana de la nación obtenemos como resultado el nacionalismo.

Para Kedourie el nacionalismo se origina en el inicio del siglo XIX, en Alemania, alimentado por las ideas de los discípulos de Kant. Para Berlin, el nacionalismo nace también allí, pero tiene

causa intelectual ligeramente distinta. Explica que los alemanes fueron humillados e invadidos por las ideas ilustradas francesas, y que a la invasión de las ideas siguió la invasión con las armas de Napoleón. El nacionalismo sería la respuesta alemana a esta doble humillación. Hay que notar que Berlín estaba particularmente obsesionado con la idea de que el totalitarismo soviético era un producto bastardo de la Ilustración y veía en el racionalismo abstracto la causa de muchos de los males modernos. Sin salir del siglo XIX otros autores han consignado genealogías diferentes del nacionalismo. Así Benedict Anderson en su entretenido pero disparatado libro *Comunidades Imaginadas*, afirma que el nacionalismo nació en América y que fue pirateado después por los europeos. La justificación de su tesis es que las independencias americanas precedieron a los movimientos nacionalistas europeos, pero lo cierto es que estos movimientos de independencia no se hicieron amparados en el principio de las nacionalidades y, por tanto, no fueron movimientos nacionalistas.

Las ideas que fundan el credo del nacionalismo se plantaron en los años finales del siglo XVIII y se desarrollaron con fuerza en el inicio del siglo XIX, las revoluciones de 1848 y sus secuelas, los procesos de unificación estatal de Alemania e Italia, fueron sus resultados más llamativos, de modo que, en la segunda mitad de este siglo, el principio de las nacionalidades ya estaba plenamente consolidado en las relaciones internacionales.

LA ECLOSIÓN DEL NACIONALISMO, 1870-1918

La guerra franco-prusiana de 1870 muestra cómo, en el terreno de las ideas, el nacionalismo se había vuelto ya hegemónico para entonces. Este conflicto culmina el proceso de unificación alemán con la proclamación en Versalles, en 1871, del Segundo Reich. Dejando al margen las causas de la guerra, hay un hecho muy interesante para la historia del nacionalismo en este conflicto.

Con anterioridad a la firma del Tratado de Frankfurt que sancionaba la entrega por parte de la derrotada Francia de las provincias de Alsacia y Lorena a la nueva Alemania, intelectuales de ambos países se enzarzaron en una discusión sobre la cuestión de qué es una nación. Ya he mencionado antes que lo que sea una nación es una discusión sin sentido desde la perspectiva democrática puesto que la nación no es otra cosa que el conjunto de los ciudadanos de un país, pero la aceptación por ambos contendientes del principio de las nacionalidades hacía que definir la nación se convirtiera en algo perentorio.

De la parte alemana los participantes más importantes fueron Strauss y Mommsem y de la francesa Foustel de Coulanges y Renan. La cuestión de la disputa sobre la nación se suscitó por la cesión, anexión, de Alsacia y Lorena a la nueva Alemania. Todos los participantes aceptaban que el principio dinástico había quedado obsoleto en las relaciones internacionales; todos ellos aceptaban igualmente que había un fundamento étnico en la nación; todos ellos aceptaban igualmente que el principio que debía regular las relaciones internacionales era el principio de las nacionalidades. Las discrepancias radicaban en algo sutil, pero con consecuencias importantes. Para los franceses, la nación además de una comunidad étnica era resultado de una voluntad colectiva; para los alemanes bastaba con el expediente antropológico para definir a los miembros de la nación. La posición francesa buscaba favorecer la celebración de un plebiscito en las provincias perdidas para de esta manera zanjar el asunto. Los alemanes sentenciaban que la ciencia ya había hablado y que los alsacianos eran alemanes por raza y cultura.

El debate se suspendió provisionalmente con la firma del Tratado de Frankfurt, pero la pérdida de estas provincias generó un nacionalismo irredentista francés que ha tenido largo aliento. En la interpretación que hacían los alemanes del principio de las nacionalidades, éste justificaba la anexión de aquellas poblaciones que compartían unas mismas características étnicas; para los franceses, por el contrario, el principio de las nacionalidades era un